



«Manchesteer calling»¹ ¿por qué?

Ian Parker

Manchester Metropolitan University

Traducción: Olga Abásolo

El “barrio norte” de Manchester, una zona objetivo de rehabilitación –hoteles baratos, clubs, viejos negocios textiles y modernos cafés– se convirtió aquel martes por la tarde en una tienda que cerraba sus puertas apresuradamente. A última hora de la tarde circulaban rumores de que en Salford, a escasa distancia de allí, se había armado. Los dueños de los restaurantes no estaban para correr ningún riesgo. Nos refugiamos en un libanés de una bocacalle de Oldham Street mientras los niños marchaban en bici a echar un vistazo un par de edificios hacia el sur; venían de tanto en cuando a dar el parte sobre los acontecimientos del parque de Piccadilly. Podíamos ver algún que otro destello azul, personas que pasaban corriendo de un callejón a otro, relatos de piedras lanzadas; todo transcurría en medio de un silencio cada vez más tenso, expectante, inusual. Los tranvías y autobuses habían dejado de funcionar a media tarde, las autoridades pidieron que los locales de conciertos cerraran pronto, de modo que a esas horas el ambiente era distinto a otros días. Los trabajadores y clientes del centro de la ciudad empezaban a marcharse, inquietos por cómo volver a sus casas, algunos bajaban al centro para ver qué pasaba, y pequeños grupos de jóvenes permanecían en las esquinas sin lugar al que ir. Todos parecían sospechosos, todos se miraban, todos se habían convertido en objeto de sospecha; se iniciaba el proceso de separación, de división entre unos y otros, que no dejaba espacio a la solidaridad; un escenario de desorganización e incertidumbre sobre lo estaba por venir.

Esta situación ha estado al borde de ser una respuesta colectiva a la crisis, pero no una respuesta articulada como reivindicación, ni siquiera ha adoptado la forma de protesta dirigida hacia algo en concreto. Por el contrario, es una reacción que refleja las formas que adopta el poder bajo el capitalismo; el reflejo de algo que hemos visto a lo largo de los últimos años: cómo aumentaba aún más la codicia de los ricos y cómo se

¹ El título se basa en el legendario álbum de The Clash, *London calling*, de 1979, en el que la banda hablaba sobre temas como el [DESEMPLEO](#) o los [CONFLICTOS RACIALES](#).

apropiaban de más aún. El uno por ciento de los más ricos ha visto sus ingresos duplicados; a los más pobres, que han pagado por ello, se les dice que tendrán que luchar individualmente por la migajas. La fractura de los sindicatos y de las organizaciones colectivas ha sido la condición para la formación de una “gran sociedad” compuesta de individuos enfrentados entre sí. Este es el mismo mensaje que emitiera el anterior Gobierno laborista, que se limitó simplemente a repetir el mensaje de Thatcher, el mismo que aún hoy repite el Manchester City Council: la clave del éxito está en ser un empresario, y ese es el mensaje que reenvían los que irrumpen en las tiendas para coger lo que les pertenece.

Al igual que Salford y otros centros urbanos, Manchester está plagada de cámaras de seguridad y mucho han dicho –tanto los espectadores como el Estado de lo visto desde ellas. Estos acontecimientos tienen tanto que ver como cualquiera. Para algunos supuso un instante de acción –afirmaban estar hartos de que la policía tuviera el control durante todo el año y que este era un día que se tomaban para ellos– y un instante de pasividad para la mayoría, una mayoría reducida la mayor parte del tiempo a la condición de espectadora. Cada brote de ira –ya adoptara la forma de protesta en contra de los bonos de banqueros o de petición al ayuntamiento para que rechazara fijar su presupuesto conforme al Gobierno central– se ha patologizado y se nos ha bombardeado con la idea de que lo único que cabe hacer es introducir nuevos recortes. Aquella noche del martes los comercios se cerraron a cal y canto, pero eso no es nada comparado con los recortes en los servicios públicos, la retirada de ayudas a aquellas personas que no logran trabajar, ni con el panorama desolador que ofrecen las calles desde el inicio de la crisis. La mayor parte de la población de Manchester se ha limitado a aceptar pasivamente los recortes y, sin embargo, este martes por la noche, mientras algunos grupos devolvían el golpe, y recuperaban lo que les pertenecía, la mayor parte de la gente observaba estupefacta; su sensación de impotencia se tornaba en rabia contra los que toman la iniciativa de hacer algo.r otra cosa con obtener visibilidad, y de qué manera. La mayor parte del tiempo Market Street y el centro comercial Arndale están repletos de consumidores; los que nada tienen no salen en la foto. Aunque bajen al centro desde los barrios pobres, aunque mendiguen, es como si no existieran, están excluidos de la conciencia consciente de los que sí pueden gastar. Y ahora, por un momento, en el mismo instante en que se ponen las capuchas y las máscaras para ocultar sus identidades irrumpen en escena deliberada y explícitamente. Expuestas, como parte de un espectáculo en el que nada pueden decir sobre las condiciones que les han conducido hasta allí; he ahí una escueta manifestación de la marginalidad y la invisibilidad, y de la rabia hacia la utilidad que pudiera darse a cualquier información sobre su identidad. En este contexto los periodistas casi parecen estar al servicio del aparato policial –los alborotadores habían quemado el coche de Radio Manchester, hecho que se había convertido en una obsesión para este medio– y eran frecuentes las agresiones a quienes pretendieran grabar imágenes con sus móviles.

Puede que fueran actos desorganizados pero no “irracionales”. El hecho de que se produjeran con tanta rapidez no significa que estuvieran fuera de control (y la cuestión no es en qué medida la policía estaba en situación de imponer el orden sino qué tipo de orden iba a restaurar). Toda acción colectiva evoluciona a un ritmo muy rápido, y las multitudes proporcionan un espacio apto para que se vinculen la acción y la

experiencia, un espacio muy distinto a la actividad individual o aislada. Las soluciones políticas que forjan relaciones distintas alternativas al consumismo frenético y a la pasividad del espectador solo podránemerger a través de la acción colectiva. La velocidad con la que un colectivo logra definirse a sí mismo, y el proceso mediante el cual decide quién forma parte de él y quién está en su contra, forma parte del aspecto impredecible de la lucha política, y ofrece tantas oportunidades como riesgos. En este caso, por ejemplo, no se trata de disturbios “raciales” –aunque algunos grupos fascistas intenten que tomen ese rumbo–; en todo caso, pudieron producirse en pequeños grupos aislados y segregados, deambulando por el laberinto de pequeñas calles detrás de la céntrica plaza de Picadilly.

En cierto sentido, ha sido un protesta, pero al menos en Manchester, al contrario que en algunas zonas de Londres en las que se ha pedido explicaciones a la policía y se ha producido una reacción solidaria en las comunidades, que se han organizado para defenderse, no hemos vistoemerger un sentimiento colectivo entorno a lo que se hace y por qué se hace. Por eso mismo, tampoco se ha producido una acción correctiva y reflexiva capaz de dirigir la energía de la protesta contra los causantes de la crisis, contra quienes se han beneficiado directamente de ella, y quienes ni por asomo incurren en oportunistas actos vandálicos. Como en el caso de los empresarios y políticos que se rinden a los dictámenes de los mercados, dominaba el oportunismo más que la estrategia. En esta ocasión, no se puede tomar partido por razones de solidaridad, aunque a los pocos días de producirse los altercados, se desencadenó la demonización de los implicados la cual también debería ser cuestionada. Y no solo porque cualquier medida encaminada a aumentar el poder de la policía acabará utilizándose en contra de quienes se organicen contra los recortes. Si no porque estos hechos son un síntoma del sufrimiento, de la crisis, y a pesar de toda la problemática que plantean, son una chispa de rabia, de acción y de visibilidad que será absolutamente crucial para cualquier contraataque.